

La Cuba de Nexos

Julio César Guanche

Profesor y editor. Universidad de La Habana.

«Cuba es un lugar obligado de la cavilación histórica, política y moral del mundo iberoamericano», dice el editorial con que la revista mexicana *Nexos* presenta un dossier llamado «Cuba, ay, Cuba». ¹ Según sus editores, la selección de los trabajos quiere ofrecer una visión «desde adentro y desde afuera de la isla» sobre la realidad política del país. La convergencia en sus páginas de «cubanos que viven y escriben en Cuba; cubanos que viven y escriben fuera de Cuba y autores no cubanos que llevan a Cuba metida en la cabeza y en el corazón», busca dar consistencia a la idea central que da título al editorial: *Las dos Cubas*.

De acuerdo con el texto, para el mundo intelectual y político iberoamericano, Cuba, la nación, son dos territorios a un tiempo: el del sueño y el de la realidad. «La Cuba del arranque y la Cuba del aterrizaje de la Revolución». Una Cuba «vive encerrada en el mundo de la fantasía y sigue celebrando logros históricos imaginarios» y otra Cuba «está encerrada en el mundo de la escasez y la opresión, el mundo de su realidad». ²

Nexos no incorpora un discurso demasiado original al recurrir a esa confrontación binaria. No obstante, lo de bueno y malo, ilusión y realidad, aunque muy

desprestigiado, puede conservar aún cierta capacidad explicativa. Para las letras españolas, por ejemplo, es muy importante, después de la decadencia, la consideración dicotómica de aquel país. Si Antonio Machado le cantó a las dos Españas, la «de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía» y la «del cincel y de la maza, con esa eterna juventud que se hace del pasado macizo de la raza», y Larra escribió el epitafio: «Aquí yace media España: murió de la otra media», quizás la matriz sirva para explicar otras dualidades. ³

No obstante, la Cuba de «la realidad», «la de la opresión y la miseria», deviene un archipiélago mayor en las páginas de *Nexos*, mientras que la Cuba «de la ilusión», «la de los logros imaginarios», es solo un pequeño islote en medio de la imaginación. Los editores de la revista encontraron un solo autor para dar voz «al mito», mientras once respondieron a su convocatoria para dar cuenta de «la realidad». Cuarenta páginas se dedican a la «circunstancia factual», mientras cuatro deben sostener «la quimera» y completar el cuadro de la Isla total.

El pensamiento democrático acuñó, desde hace mucho, la certeza de que cualquier idea excluida de la

discusión termina convertida en dogma. Con su proceder «cuantitativo», *Nexos* sustrae de la discusión ideas diferentes acerca de «la realidad» cubana. Este propio texto, entregado a *Nexos* desde el mes de octubre de 2002, ha debido sufrir diversas posposiciones y hasta la fecha no ha sido publicado.

Más que una visión de Cuba desde dentro y fuera de la Isla, el dossier de *Nexos* es la recreación puntual de varios enunciados: la naturaleza totalitaria del régimen cubano, el caos económico generado por el socialismo, la represión a que se ve sometida la ciudadanía, el camino hacia una transición capitalista, la condición de satélite de la Isla respecto a la URSS, entre otras ideas hace tiempo distribuidas por los discursos contrarios a la Revolución cubana, señaladamente los producidos por Washington y Miami. En su concepción, la idea de «Cuba, ay, Cuba», renuncia, desde el inicio, a cualquier posibilidad de brindar al menos dos visiones. La elección del «lamento», de la «lástima ante la desdicha cubana» como enfoque del dossier, obstruye la intención, si la hubo, de examinar en profundidad y equilibrio la Cuba real. Optar únicamente por dos autores residentes en la Isla, excluir de la convocatoria a otros muchos intelectuales cubanos y extranjeros (varios de ellos mexicanos) que también «llevan a Cuba en la cabeza y en el corazón», y apostar sin remordimientos por la falta de diversidad de perspectivas sobre Cuba, garantiza la unilateralidad del análisis, pero no la entera legibilidad del tema. El reto de la revista termina trastocado en un largo soliloquio, en el viejo monólogo de la negación. La conclusión de *Nexos* es simple: «En Cuba imperan la privación económica y la opresión política. Una dictadura cuarentenaria gobierna a su pueblo del más inapelable de los modos» (p. 24).

Ciertamente, el pueblo cubano debe haber cambiado mucho para aceptar ahora ser sometido políticamente de modo «inapelable», como denuncia *Nexos*. En el siglo XIX ese pueblo sostuvo dos guerras para sacudirse la dominación de la España que había prometido gastar «hasta el último hombre y la última peseta» con tal de mantener el control sobre la Isla. A inicios del XX dio otra batalla contra la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Luego obligó a irse del país a dos dictadores, a través de sendas revoluciones, sin contar las varias «guerritas» y movimientos que animaron a muchos cubanos contra la política realmente existente. En otras palabras, desde 1810 los habitantes de este país se fueron alzando contra «su realidad». Las razones del «cambio» que determinan la actual «capacidad de aguante» de los cubanos, difícilmente pueden encontrarse en enfoques como los de la revista mexicana.

La ilusión según *Nexos*

La Cuba de la ilusión es aquella sostenida por una izquierda impertérrita ante los cambios. Con pasión de anticuario, esa izquierda sería capaz de anunciar que Cuba es todavía una esperanza. Darcy Ribeiro, por ejemplo, escribió que la Isla demostraba la viabilidad del Tercer mundo. Al parecer, el autor de *El proceso civilizatorio* desconocía la realidad que hace aseverar a Marifeli Pérez-Stable: «La cúspide cubana nunca le ha concedido al bienestar material de los mortales una sostenida y debida prioridad» (p. 43).⁴ No obstante, a la autora, que tiene estudios importantes sobre la historia de Cuba, se le escapa que la economía cubana creció 4,3% como promedio anual entre 1959 y 1989 y la productividad bruta del trabajo entre 1960 y 1988 lo hizo a 2,6% anual, y que la recuperación económica posterior a 1995, con todo y su lentitud, es bastante singular en el contexto de la economía latinoamericana. Para más, Pérez-Stable desconoce el sentido social de esas estadísticas. Las políticas de redistribución del ingreso, de promoción del empleo y de cobertura total en las áreas de educación y salud en Cuba logran las tasas más altas de América Latina —y en algunos casos se comparan con la de países desarrollados. ¿Para qué sigue un país esas políticas? ¿Para negar el «bienestar material de los mortales»?

«En cuestiones de fe, la realidad es secundaria», asegura el editorial de *Nexos*, y lleva razón al afirmarlo. Tan secundaria, que parece no existir. La fe no necesita pruebas. Para el conjunto de los trabajos del dossier, esos datos son la retórica del discurso oficial cubano (donde la simple mención de la palabra «oficial» pareciera bastar para refutar cualquier cosa) o consecuencia del «subsidio soviético».

Los textos de Jesús Díaz y Rafael Rojas son ejemplares en este punto. Una historia de treinta años, y una condición geopolítica sumamente compleja, son reducidas a la *rational choice* de Fidel Castro: «desvincular a su país de la esfera de influencias norteamericana y vincularlo a la esfera de influencias soviética» (p. 26 y 34). Fidel Castro terminaría optando, según esa línea de pensamiento, por entregarse a la URSS ante el «cúmulo de alternativas» que se abrían ante su país después de que los Estados Unidos redujeran, en junio de 1960, la cuota de importación de azúcar cubano en 95%, prohibieran la venta de petróleo a Cuba y comenzaran todo tipo de presiones económicas, militares y diplomáticas contra la Isla.

Maquiavelo volvía a tener razón: un pequeño país en el medio de dos potencias, termina alineándose con una de las dos. Mas, lo que se creía privativo de los manuales del materialismo dialéctico está arraigado en muchos hábitos de pensamiento: si la historia no es

una marcha triunfal, indetenible, hacia el socialismo, tampoco debe serlo hacia ningún otro destino. La pretensión de certificar la dependencia cubana de la URSS hace de la historia de Cuba un camino asfaltado hacia el CAME y la subordinación al imperio socialista, obviando las contradicciones, las paradojas, los conflictos que la historia interna de esa relación generaron para los cubanos. Cuba ingresó al CAME más de una década después del triunfo revolucionario y, por otra parte, nunca firmó el Pacto de Varsovia. El Salón de Mayo, el Congreso Cultural de La Habana, la revista *Pensamiento Crítico*, las ediciones de Marcuse, Horkheimer, Solzhenitsin, Thomas y Heinrich Mann, Proust, Kafka, Marcel Schwob, Trotski, Deutscher, Althusser, nada tenían que ver con la ideología soviética de la era posleniniana, como tampoco las intervenciones de Fidel Castro de octubre de 1975, en el Primer Congreso del Partido Comunista, ni la de Che Guevara en 1965, en Argel.

Cuando los tanques soviéticos detuvieron la Primavera de Praga, Fidel Castro preguntó: «¿y los tanques del Pacto de Varsovia van a defender a Corea? ¿Y van a defender a Viet Nam? ¿Y van a defender a Cuba?». Era una acusación explícita a lo que estaba pasando en Viet Nam, pero nadie lo recuerda. Poco más de una década más tarde, los soviéticos hicieron saber que no intervendrían en un conflicto militar con los Estados Unidos que afectase a Cuba. La historia de las relaciones Cuba-URSS nunca respondió a la lógica lineal de metrópoli todopoderosa/colonia servil que dibuja en su texto Jesús Díaz —como demuestra la relación cubana con Angola, por ejemplo, que se desarrolló a contrapelo de los intereses de la URSS.

Las relaciones económicas establecidas por Cuba y la Unión Soviética, imprescindibles para alcanzar grados de desarrollo en áreas muy diferentes, no llegaron a constituirse en una estrategia de desarrollo *sostenible* para Cuba. Con todo, el convenio con la URSS de 1960, vital para la sobrevivencia inicial, no era nada extraordinario en la política económica de la Unión Soviética hacia los países del Tercer mundo. Las condiciones usuales de los créditos soviéticos se repitieron en el caso cubano: plazo de doce años, intereses a 2% anual y pago en mercancías producidas por el país receptor. Entre 1954 y 1966, los soviéticos entregaron créditos a Afganistán, India, Indonesia, Irán, Siria, Egipto, Turquía y Yemen, superiores en todos los casos a los cien millones otorgados a Cuba. No obstante, y a pesar de contar con el apoyo soviético, la Isla continuó buscando créditos en Europa; los bancos occidentales se negaron, y solo encontró respuesta positiva en algunos países de la Europa oriental.⁵ Carmelo Mesa-Lago calculó que si, en lugar de a la URSS, Cuba le hubiese vendido su azúcar a los Estados

Unidos —sobre la base de los precios preferenciales y las cuotas otorgadas por estos a otros países exportadores—, habría ganado 399 millones de dólares más.⁶

La Isla no tuvo en sus manos la «elección» de la alianza económica y militar con la Unión Soviética. Los Estados Unidos comenzaron a hostigar a la Revolución antes de declararse socialista y las fuerzas de los contendientes carecían de toda proporcionalidad. Esa disparidad, por lo que entrañaba de peligro sobre Cuba y sus habitantes, justificaría, en rigor, «hasta» el acto de entregarse de bruces al comunismo, el «gran culpable» de la Guerra fría. El hecho es que Cuba, como afirma Fernando Martínez, tuvo en la opción por el socialismo la única alternativa viable para poder acumular la cantidad y el tipo de fuerza, las actitudes y la consecuencia imprescindibles para impedir la derrota revolucionaria y para triunfar en un plano general.⁷

Las expectativas que Cuba hacía despertar en el conjunto de América Latina en el contexto de los primeros años 60 quedaron incumplidas en breve lapso. La gesta del Che en Bolivia no anticipó la revolución argentina; los líderes revolucionarios brasileños fueron tempranamente asesinados; la revolución venezolana, los tupamaros en Uruguay, el experimento de la Unidad Popular en Chile, el régimen de Velasco Alvarado en Perú, no consiguieron abrir espacio a una alternativa propiamente latinoamericana, a pesar de las diferencias de estos procesos —algunas de ellas notables— con los métodos y los protagonistas del caso cubano. En esa circunstancia, a la altura de los años 70, a Cuba le fue imposible mantener una posición suficientemente autónoma en el orden económico internacional y canalizó sus relaciones militares, políticas y económicas con el campo socialista, que llegaron a ser muy profundas en diversas áreas, aunque la ayuda cubana a los movimientos de liberación nacional, su no alineamiento y su posición ante la guerra de Viet Nam mantuvieran distancia de las posiciones políticas soviéticas.

Desconocer este contexto y presentar la relación con la URSS como una «elección», cuya responsabilidad es únicamente imputable a Fidel Castro, es más que una escandalosa simpleza. La elementalidad del argumento es equiparable solo a aquel memorando de 21 de febrero de 1961, en que la CIA explicaba las razones de la alianza de Cuba con la Unión Soviética: tal unión no era una consecuencia de la política y acción de los Estados Unidos de América, «sino de la personalidad psicótica de Castro». Acusar a Cuba de conservar «el enclave colonial de Lourdes»,⁸ como hace Jesús Díaz, diez años después de la implosión del Estado soviético, es solo un medio de desviar la atención del asunto principal, no abordado por *Nexos*: por qué

La cavilación histórica, política y moral sobre Cuba puede ir mucho más allá, sin negaciones en bloque ni apologías, sin golpes de pecho ni frases sonoras. El discurso de *Nexos* —¿debe decirse el «de la realidad»?—, al silenciar la ilusión —la ilusión disidente de cambiar la vida, como quería Rimbaud—, supone la existencia de otra Cuba con quien no quiere dialogar.

Cuba necesitaba disponer de servicios de inteligencia sobre planes subversivos fomentados en su contra por los Estados Unidos, y por qué la Isla no se vino abajo, y sobrevive al derrumbe soviético, a las denuncias de preparar guerras biológicas e informáticas y a la retirada rusa de Lourdes.

La Revolución de 1959 tuvo sus raíces en la sociedad civil cubana, no en las resoluciones de la Internacional Comunista. Para defender su sobrevivencia debió vincularse al bloque de la URSS, con todos sus vicios, pero también con toda la cobertura que brindaba para evitar la cruenta inserción en el sistema del mercado mundial. Pero la hecatombe que se desencadenó en Europa del Este y arrastró consigo los socialismos reales no pudo atravesar el Atlántico. La acumulación de las prácticas sociales, de los valores, de los sentidos, que la revolución generó han sido un muro de contención, hasta la fecha, infranqueable.⁹ A pesar de perder 85% de su comercio exterior y más de la mitad de su Producto Interno Bruto (PIB), Cuba pudo salir del duro atolladero, salvaguardar las bases de su proyecto social y conservar su independencia. Las condiciones en que lo hizo fueron críticas: las personas sufrieron escaseces de todo tipo, pero el dato no debería sorprender a quien diga conocer el contexto latinoamericano. Entre 1987 y 1998, lapso que coincide con las reformas liberalizantes, el porcentaje de latinoamericanos que vivían con menos de un dólar diario aumentó de 22 a 23, 5% y pasó de 91 a 110 millones de personas, por cierto, la población de diez Cuba. En 1999, solo Perú, México y la Isla tuvieron algún crecimiento económico. El resto de las economías del continente, o se estancaron, o retrocedieron.

Los años 90 sumaron otra década perdida para América Latina; pero es la crisis cubana la que recibe una publicidad ilimitada, nunca situada en un contexto general, como si la Isla fuera, en sí misma, una galaxia, exótica respecto a este mundo. Wolfensohn, al frente del Banco Mundial, decía en 1999: «Tenemos un mundo de 5,8 mil millones de personas, tres mil millones viven con menos de dos dólares. Aproximadamente dos mil millones no tienen acceso a ninguna forma de poder».

Aun así, cada balsero cubano recibe puntualmente sus quince minutos de fama por «huir de la tragedia castrista». Ciertamente, cerca de un millón de personas han emigrado de Cuba en estos cuarenta años, pero no es menos cierto que esa cifra es superada por quienes han dejado atrás —en igual lapso— las costas de República Dominicana, con una población menor que la cubana y sin contar con políticas promotoras de la emigración al estilo de la Ley de Ajuste Cubano de 1966.¹⁰ Si Cuba hubiera permanecido con un sistema económico y político parecido al de otros países de América Latina, afirma Lisandro Pérez, «no es difícil especular que los niveles de emigración podrían haber alcanzado —y quizás hasta superado— los de estos últimos cuarenta años».¹¹

En todo caso, la pervivencia de Cuba después de la caída soviética sería una rareza en la historia: un régimen colonial que sobrevivió a su metrópoli. El hecho, en realidad, afirma la autenticidad del proceso gestado tras 1959.

La República a través de *Nexos*

La visión del fracaso cubano necesita una reconstrucción histórica que la legitime, una lectura reveladora de cómo el predominio de la tendencia radical, socialista y de liberación nacional llevó a Cuba al «comunismo totalitario fijado en la Constitución de 1976». Para ello, vuelve a obviarse la historia de los sujetos, de los procesos y de las coyunturas cubanos; esto es, la historia de Cuba. El texto de Rafael Rojas, una «cavilación de extraordinaria pertinencia», según las palabras liminares de la revista, puede servir también como epítome de ese tipo de reconstrucción.

La Isla es otro país en el discurso del ensayista, acaso «la tercera Cuba»: la revolución de 1933 triunfó, el antimperialismo no existe en la historia cubana —sino solo un «nacionalismo adversarial»—, el régimen de 1902 fue «poscolonial», es una ficción la posibilidad de anexar Cuba a los Estados Unidos, Fidel Castro «llegó al poder gracias, entre otras cosas,

al apoyo de Estados Unidos, potencia que impuso un embargo de armas a la dictadura que él combatía», y el desencuentro entre la política y los intelectuales republicanos estuvo motivado «por el hecho de que entre los intelectuales y artistas predominaba una imagen europea de la nación, asociada a un espíritu de alta cultura, mientras que la política intentaba construir un orden republicano, de raíz americana, sobre una ciudadanía multicultural» (p. 28).

El «triumfo» que Rojas atribuye a la revolución de 1933, ¿se referirá al derrocamiento del gobierno provisional de Grau y la imposición por los Estados Unidos de un gobierno de «concentración nacional» en enero de 1934? ¿Aludirá al triunfo de la represión desatada por Batista entre 1934 y 1935? ¿Al asesinato de Guiteras y al aplastamiento sangriento de la huelga de marzo de 1935? ¿Sería un triunfo revolucionario la promulgación por Batista de los Estatutos constitucionales de 1934 y 1935? El gran proceso de reformas que culminó en 1940 no fue un triunfo de la revolución, sino del reformismo, aliado a fuerzas más conservadoras. Ese cuerpo legal, cúspide de la política republicana, recoge muchas de las aspiraciones del 30 y es impensable sin la revolución, pero es su canto de cisne, no su triunfo.

La única forma de demostrar que el antimperialismo es un fruto de la historia cubana posterior a 1959, según sostiene Rojas, sería prohibir la reedición de los trabajos de José Martí, José Antonio Ramos, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Emilio Roig, Juan Marinello, Ramiro Guerra, Antonio Guiteras o Herminio Portell Vilá, y declarar que jamás se escribieron; olvidar los actos continuos de rechazo al injerencismo, la oposición a la política de explotación de las compañías norteamericanas por parte del movimiento obrero y los eventos estudiantiles en los que se la condenó expresamente.

Para ningún actor político o personalidad pública o intelectual el régimen cubano posterior a 1902 fue poscolonial. Para muchos ni siquiera fue «neocolonial», sino algo peor: una colonia o un protectorado. Los periódicos *La Prensa*, *La Lucha* —voceros principales de la burguesía— afirmaron que la Enmienda Platt establecía en Cuba un protectorado. Sectores más radicales no hablaron siquiera de protectorado, sino de colonia. Los títulos de libros de la época son bastante literales: *De colonia a colonia*, *La colonia superviva*. Leland Jenks, en *Nuestra colonia de Cuba*, cita una decena de autores que en los años 20 clasificaban la realidad cubana como protectorado o como una variante de esa condición: semiprotectorado (Buell), protectorado disfrazado (Adams), soberanía limitada (Culberston) o semisoberanía (Hershey). Décadas más tarde, Robert F. Smith escribió: «cuando las fuerzas norteamericanas

se retiraron de Cuba, un cuasi protectorado quedaba establecido por la adición de la Enmienda Platt a la nueva Constitución del país». Raymon Aron y Alfred Grossen cuando se refieren a la abrogación de la Enmienda Platt, afirman que «le había otorgado a los Estados Unidos un cuasi protectorado sobre Cuba».¹²

La posibilidad de anexionar Cuba a los Estados Unidos ha sido tan poco ficticia, como lo ha sido para Puerto Rico y Filipinas. La posible anexión no fue una ficción para los cien alcaldes municipales que se pronunciaron unánimemente a favor de la independencia en 1901; no lo fue para el Consejo Nacional de Veteranos de las Guerras de Independencia, para la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios, para dos de los tres partidos creados con vistas a las primeras elecciones republicanas, que nucleaban a la aplastante mayoría de los electores y reclamaban la completa independencia del país. No fue ficticia para los veteranos, los partidos políticos, los periódicos y los dirigentes cívicos que denunciaban la incongruencia de una Asamblea Constituyente libre y soberana, que debía laborar según la imposición del gobernador militar norteamericano. No era una ficción para Hearst y para la enorme campaña anexionista desatada en los Estados Unidos, ni para los españoles radicados en Cuba que apoyaban la anexión. No fue una ficción para Leonard Wood cuando le escribía al presidente Roosevelt, refiriéndose a los opositores frontales a la Enmienda Platt: «son los degenerados agitadores de la Convención, encabezados por un negrito nombrado Juan Gualberto Gómez, hombre con una reputación desagradable, tanto moral como políticamente».¹³

El anexionismo reviste hoy formas sutiles, y otras que no lo son tanto. Una Cuba sin independencia y sin poder de negociación podría caer en un estado de subordinación hacia los Estados Unidos muy parecido a formas anteriores de dominación que nada tuvieron de *fictivas*.

Las causas que llevaron al poder a Fidel Castro en 1959 pueden ser reducidas a la categoría de «otras cosas» solo con un esfuerzo de síntesis como el que realiza Rojas. Que el embargo de armas a Batista contribuyó decisivamente —según se desprende, al ser el único elemento mencionado por su nombre—, al triunfo de Fidel Castro, es un juicio que choca literalmente con hechos conocidos y publicados. Las fuerzas armadas de Batista recibieron armamento moderno hasta entrado el mes de marzo de 1958. Con esas armas, Batista reprimió brutalmente el asalto del Directorio Revolucionario al Palacio Presidencial y la sublevación de la Marina el 5 de septiembre, en Cienfuegos. Batista lanzó su «ofensiva final» en mayo y ningún soldado acudió desarmado. La correlación de fuerzas siempre favoreció al ejército de Batista, en número de hombres